

Enrique Molina

De vuelta

(Discurso pronunciado en el Teatro de Concepción el 10 de Octubre último)

SOY un peregrino de buena voluntad que partiera a tierras lejanas para ver modo de volver con su pequeño zurrón cargado de bienes espirituales. Volvía a ofrecerlo en ofrenda silenciosa y devota a la ciudad de mis recuerdos nostálgicos, a los afanes de mejoramiento educacional que bullen en nuestra patria, cuando vosotros habéis tenido la gentileza de salir a mi encuentro con palabras de afecto, con flores y cantos en una forma tan cordial y cariñosa que ella no sólo compromete mi gratitud sino que trae también el don de una fuerza moral que entonará mi vida. Mil gracias a las autoridades e instituciones que han organizado esta hermosa fiesta, a los institutos y personas que han tomado parte en ella, y a quienes le han dado el realce y calor de su presencia.

Para manifestaros que no soy del todo indigno de estas muestras de estimación os diré que deseaba hondamente volver a Concepción y llevar entre vosotros esa existencia serena, exaltada por nobles afectos, y a la vez fecunda y eficiente, en que consiste la verdadera vida del espíritu.

En medio de las atracciones de todo orden que ofrecen los centros europeos, mi interés ha permanecido atado durante este año de ausencia a cuanto ha ocurrido a este lado de los Andes y en este apacible hogar penquista. Miraba con inquietud

las horas de tribulaciones por que hemos pasado y habría deseado ser el poseedor de una varilla mágica para enviarla a resolver los problemas que nos han acosado. Mas para las cuestiones sociales y humanas en general no hay, fuera de los conocimientos técnicos que cada caso requiere y de los que no se debe prescindir jamás, no hay otra varilla mágica que el trabajo, la rectitud, la abnegación y el buen espíritu de los hombres. Me dolía pensar en los compañeros que por un motivo o por otro iban quedando a la vera del camino. Miraba con íntimo placer las horas de triunfo, los progresos alcanzados; miraba con orgullo y agradecimiento a los que han luchado por defender ideales e instituciones que nos son poco menos queridos que la existencia misma. Al mencionar estas luchas pienso sobre todo en la esforzada labor del Directorio de nuestra Universidad. Y en todos estos momentos, o al sentir el hechizo de Heidelberg trepando por las verdes colinas que la rodean y contemplando su hermoso río, o cuando visitaba algún liceo, que no obstante de ser de lo mejor en su lugar no me parecía superior al nuestro, no pocas veces penetraban en mi alma las puntas angustiosas de la nostalgia y soñaba con estar al lado de mis amigos y de mis amigas en el dulce ambiente de las aulas universitarias y liceanas o bajo la sombra de las avenidas de aramos y de tilos.

Ya se ha realizado ese anhelo, ya estoy entre vosotros y, sin temer el riesgo de que se crea que hago alarde de una falsa sensiblería, puedo deciros que me siento muy feliz por ello.

Considero una suerte mía poder consagrar en este medio todos mis desvelos a la Universidad de Concepción, al liceo de esta ciudad y a la cultura en general. Mi viaje por los países más adelantados de Europa no ha hecho otra cosa que confirmarme en la idea de que esta consagración hay que entenderla como una dedicación total dentro de normas de austeridad y servicio a los demás, de justicia e independencia para no atender sino a lo que sea de interés general y de verdadera conveniencia para las instituciones por cuyo porvenir debemos velar.

Al indicar estas líneas de conducta no hago otra cosa que ajustarme a la noble tradición que ya existe en los establecimientos mencionados y que constituye una de las grandezas de Concepción.

• • •

Como sabéis, por todas partes se habla de novedades pedagógicas, se están llevando a cabo reformas educacionales importantes o se tientan ensayos para renovar los métodos y sistemas docentes. Las opiniones de los filósofos que negaban el valor de la educación han sido expulsadas de las almas y ese lugar ha pasado a ocuparlo una gran confianza puesta en la eficacia de la obra educadora.

Pero los europeos poseen el don de progresar sin perder contacto con el pasado, actitud que se manifiesta tanto en la conservación de costumbres y usos arcaicos como en la importancia que se da para la cultura al estudio de las obras literarias y artísticas que mejor representan las tradiciones nacionales. Sólo por entre estos jalones de la historia se van abriendo paso los vientos de renovación, para llevar a los espíritus su soplo de inquietud.

Algunos de los postulados fundamentales de los métodos nuevos consisten en considerar al niño no como un hombre en pequeño sino como un ser que posee características propias, en el respeto a su libertad y espontaneidad, y en educarlo haciendo de él siempre un ente activo y no simplemente receptivo.

No es ni puede ser nueva la actitud de amor al niño en que debe mantenerse el maestro. Ella ha venido enriqueciéndose desde fines del siglo pasado con aplicaciones, detalles metodológicos y cuidados prácticos de suma importancia. Pero el principio del amor es un postulado eterno ya que no hay otra manera de educar que educar amando. La educación por el amor destila en el alma del educando una esencia sutil que la llena toda y después, en forma de recuerdos e impulsos optimistas, suele perfumar su vida entera.

Dejar al niño en libertad para que manifieste espontáneamente las variedades y riquezas de su ser interior es de alta importancia educativa. Sólo así se pueden conocer bien sus gustos, sus inclinaciones, sus capacidades, sus debilidades y defectos; en una palabra, las asociaciones y reacciones con que su alma fresca y plástica responde a las situaciones y panoramas que le va ofreciendo el mundo. Sólo así recibirán cultivo adecuado los gérmenes de futuras creaciones que lleve en su seno. Sólo así irá siendo indispensable para su corazón vivir en ese ambiente de verdad y sinceridad que forma el más sólido asiento de la rectitud.

Pero estas idealidades de libertad y espontaneidad han sido motivo de declamaciones huecas y de no pocos yerros para muchos educadores más entusiastas que experimentados y de cultura incompleta y no bien digerida.

No hay que olvidar que la libertad no es un fin en si sino un medio para llegar a formas mejores y superiores de vida. Se propicia la libertad, porque de otra manera ni el individuo ni la sociedad puede desenvolverse bien. Pero es menester no perder de vista tampoco que el concepto de libertad es correlativo a los de disciplina y orden.

La sabiduría humana estriba, en este campo de preocupaciones, precisamente en poder encontrar como norma para las actividades un término medio en que se armonicen la libertad y la disciplina sin caer en los extremos que por un lado es la licencia y por otro la tiranía.

La historia nos enseña que siempre que se ha perdido ese feliz equilibrio la sociedad y el Estado han oscilado tempestuosamente de un extremo a otro. De la licencia y disolución en que por falta de prácticas austeras habían venido precipitándose, pasan a través de cruentas revoluciones a sufrir oscuras tiranías conculcadoras de las libertades que eran la única justificación del desorden anterior.

Sin cierta disciplina no puede mantenerse la familia. Por monótonos y poco románticos que sean la regularidad y el orden.

son las condiciones necesarias para llegar en el hogar al ejercicio de virtudes superiores.

El individuo considerado aisladamente no puede sustraerse a normas de orden en cierto sentido si quiere que su vida sea fecunda. Suponedlo movido por la rebeldía e impulsos innovadores. Si estos sentimientos arrancan sus raíces de un fondo de verdad y no son una mera actitud histriónica, el individuo ha de practicar en alguna forma el dominio de sí mismo y obedecer la ineludible ley del trabajo a fin de realizar obra eficiente.

¿Cómo será dado organizar la escuela sin tomar en consideración estos principios elementales? ¿Cómo formar adecuadamente en un ambiente de desorden seres que en la familia y en la sociedad necesitarán someterse a cierta disciplina a fin de no fracasar y no ser una desgracia para los demás?

No olvidemos asimismo que la disciplina no constituye tampoco un fin en sí mismo y que es, como la libertad, sólo un medio para obtener los mejores resultados posibles de la actividad humana.

Sin la libertad y la espontaneidad la acción creadora del espíritu abate sus alas como ave a la cual le faltara el aire. Esta ley que es general para las altas funciones del alma en las ciencias, en las artes y en las letras, tiene también una considerable aplicación en la escuela. Se consigue con ella, por una parte, que los niños trabajen con más gusto y mejores resultados, y, por otra, que den a conocer las inclinaciones y tendencias de su naturaleza, con lo que se facilita a la vez la obra de la educación.

Pero nada justifica esa libertad que sólo conduce a desorden estéril, pérdida de tiempo y al olvido del respeto que debe reinar entre los hombres, aun fuera de toda jerarquía social. Tal libertad viene a ser una misma cosa que desorganización moral y trae consigo el desquiciamiento de los caracteres.

Uno de los aspectos más sobresaliente de la reforma educacional y que se presenta autorizado por un sólido fundamento racional y experimental, son los métodos activos. Descansan en

la verdad tan clara de que el mejor medio para que el educando aprenda y desarrolle sus demás facultades son su propio trabajo y sus personales experiencias. El método pasivo o receptivo sólo ejercita la memoria de los muchachos y no ofrece más ventanales para conocer el mundo que las páginas de los libros de texto y la palabra más o menos dogmática del profesor, páginas y palabras que deben ser asimiladas sin discernimiento.

Dentro de los métodos activos el niño se va informando en virtud de lo que él mismo va haciendo. Observa las cosas, fabrica objetos e instituye experimentos. De esta manera pone en ejercicio sus facultades de observar, razonar y formar juicios, hace análisis y síntesis, ejercita todos sus sentidos, muy particularmente la vista y las manos, y establece entre su alma, sus músculos y su cuerpo una fecunda colaboración recíprocamente beneficiosa.

Así los métodos activos significan una garantía para alcanzar el mejor desarrollo actual del educando y, a la vez, como despertadores y estimuladores de las potencias del alma, abren perspectivas imprevistas para el porvenir.

Pero estos métodos, dicho sea en justicia, no son una novedad de los últimos tiempos. En principio los han sostenido siempre los grandes educadores desde Platón hasta Rousseau y Froebel, y buen número de sus técnicas han venido aplicándose desde hace largos años. Entre nosotros lo vienen siendo en muchos ramos de la enseñanza secundaria desde la reforma de 1892.

Más también es cierto que nunca habían alcanzado el desarrollo y el lujo de detalles con que se practican ahora en los Estados Unidos de Norte América, en Europa y, en parte, asimismo en Chile y otros países de nuestro continente.

Para la enseñanza de la física y de la química son indispensables, fuera de los acostumbrados gabinetes, salas destinadas a las experimentaciones y manipulaciones que hagan los alumnos mismos. Para el estudio de las ciencias naturales se mantienen viveros de animales que caen bajo el bisturí de los alum-

nos que se inician en los secretos de la biología. Hay pequeños jardines botánicos anexos a los liceos a fin de que los jóvenes cultiven las plantas y las analicen. En el aprendizaje de la geografía, fuera de los conocidos croquis, se hacen mapas en relieve con plasticina, cartón u otra sustancia fácil de plasmar. En los cursos de literatura y filosofía los alumnos deben leer, hasta donde ello sea posible, obras originales de los grandes autores y no contentarse con los resúmenes de las antologías. Algo semejante se practica en las clases de historia y este ramo y la geografía son los que mejor explotan los centros de interés que se forman con motivo de sucesos de actualidad incitantes de la atención y aptos para servir de base a un dilatado desarrollo de asuntos. Ambos ramos se estudian también por medio de excursiones a lugares adecuados por sus monumentos y recuerdos y a sitios de riqueza panorámica. En dibujo se presentan como modelos animales vivos, perspectivas del propio edificio escolar, monumentos de la ciudad, modelos que traigan a clase el muchacho, elegidos a su albedrío, o se le deja que dibuje libremente trazando las líneas que siga el vuelo de su fantasía.

Muchas de estas cosas no se practican entre nosotros o porque nuestros colegios carecen de los elementos necesarios, o porque los programas son tan recargados que obligan a ocupar todo el tiempo en embutir conocimientos en las cabezas de los muchachos, o por falta de advertencia.

Pero hay otras cosas que sólo son practicables en Europa gracias a las condiciones históricas, demográficas y geográficas de ese continente. En aquellos países se encuentran sitios sembrados de monumentos y restos de la más remota antigüedad, a donde se puede excursionar con facilidad gracias a lo corto de las distancias y a las franquicias que se ofrecen para los viajes. Así supe de un curso de un liceo alemán que había ido a visitar los castillos del Rin para estudiar ahí historia de la Edad Media. De análogo modo, como una aplicación de los métodos activos en la enseñanza de idiomas, se manda a los alumnos por algunos meses a practicar la lengua de un país

donde se habla. A fin de dar facilidades en este sentido se establecen intercambios de alumnos entre colegios de diversos estados. En los museos europeos se encuentra, para la enseñanza de las bellas artes y de la historia, un material de cuadros, de estatuas, de relieves, de reproducciones arquitectónicas y de objetos de toda especie que no tiene igual en el mundo. Es frecuente hallar en los museos cursos de colegiales dirigidos por un profesor que siguen las explicaciones que éste les da delante de las obras artísticas y luego esbozan algunos dibujos.

Al aplicar los métodos activos no conviene exagerar la eliminación que se preconiza del profesor y que quiere reducirlo a una especie de motor oculto de los movimientos de sus discípulos. Las irradiaciones de la personalidad del profesor son fuerzas que contribuyen espléndidamente a formar el alma del niño y sería un error privarse de su cooperación.

• • •

¿Cómo no hablaros de Universidades en esta ciudad que está formando un instituto de estudios superiores con los cuidados que se prodigan a una hija predilecta?

Siento viva la fascinación con que se enseñorean del espíritu las viejas Universidades como Heigelberg y Oxford. Ya os he hablado del hechizo de Heidelberg y de con qué naturalidad sus bellezas de pequeña ciudad rodeada de colinas boscosas evocaron en mí el recuerdo nostálgico de Concepción

Oxford en su parte más característica está formada por una veintena de colegios dispersos en el pequeño pueblo medioeval. Son viejos edificios, casi todos de estilo gótico, con patios cuadrangulares enormes, tapizados de césped y rodeados de murallas negruzcas cubiertas de enredaderas. Torres no muy altas se levantan en los ángulos de los patios o en la parte media de las paredes. Sus campanas son de una musicalidad maravillosa. Parece que fueran un coro en que se concertaran las voces del arte, de la religión y de la historia para embellezar a los hombres. En el interior encontramos capillas vene-

rables, ricas bibliotecas y halls y comedores que parecen capillas. Innumerables retratos de los grandes hombres que han sido estudiantes de cada colegio adornan los muros. A las galerías claustrales y a cualquiera de las salas de estos colegios no llegan ruidos del exterior. Ambiente de serenidad, invitación al estudio y al recogimiento.

A los colegios los rodean parques dilatados con árboles umbrosos. Pascos apacibles se alargan entre el bosque a las márgenes de ríos de corriente suave y silenciosa. Uno se siente envuelto en el medio sedante de un convento de espíritus libres.

Me he detenido en la descripción de este paisaje universitario típico porque Concepción es como las mencionadas una ciudad universitaria pequeña y la imaginación se complace en dispararse a pensar en tiempos lejanos en que puede ser algo semejante a ellas y también por creer que ese paisaje es de los más propicios al cultivo de los valores de la inteligencia y de la virtud, función esencial de toda verdadera Universidad.

No cabe en esta ocasión hablar de todas las demás condiciones que han de concurrir para obtener el buen cultivo de esos valores. Mencionemos entre ellas solamente la autonomía universitaria.

Las Universidades europeas, con excepción tal vez de las españolas, gozan de gran autonomía. Notables son las libertades de las históricas Universidades inglesas, que han conservado el carácter con que nacieron de fundaciones particulares. Las alemanas, no obstante ser todas instituciones del Estado, gozan de cuanta franquicia pueda apetecer un instituto de cultura superior. En Bélgica las Universidades particulares disfrutaban de las mismas amplias libertades académicas que las del Estado. Este se reserva sólo el derecho de hacer revisar por una comisión de altos magistrados y hombres de ciencia los certificados expedidos por cualquier Universidad cuando se trata de habilitar un graduado para el ejercicio de una profesión liberal. Encontrando la comisión que los estudios se han hecho de acuerdo con lo dispuesto en los planes y reglamentos vigentes, extiende el diploma del caso. Algo semejante ocurre en

Italia, donde el Gobierno fascista ha hecho suyo el principio de que «al Estado le corresponde la atención pero no el monopolio de la cultura» y ha encaminado su política educacional a convertir los institutos particulares de todo orden en cooperadores eficientes de la instrucción pública.

Debemos declarar que nuestra Universidad ha gozado desde su fundación hasta ahora de la ayuda de todos los Gobiernos de la República y me es particularmente grato repetir en esta ocasión solemne que estamos profundamente reconocidos al Presidente Excmo. Sr. Ibáñez por el apoyo decidido y oportuno prestado en más de una ocasión a nuestro instituto superior.

Nos queda por afianzar nuestra autonomía. No la entendemos como absoluta independencia del Estado, ni consideramos tampoco que sea justa la sujeción a una Universidad privilegiada. La concebimos como un conjunto de franquicias que, bajo la tuición de la Superintendencia de Educación, permitan realizar las innovaciones y todas aquellas modificaciones en los planes y programas que vayan exigiendo el progreso y las necesidades sociales; franquicias que aseguren a profesores y estudiantes la relativa libertad que necesitan para el mejor éxito de los estudios y de las investigaciones científicas y para no verse amenazados con exámenes tomados en malas condiciones o en fechas señaladas fuera de todo orden.

• • •

Os decía al empezar que no he sido más que un peregrino de buena voluntad. El peregrino ha hecho su ofrenda, ha hecho su voto ante el altar invisible de vuestros anhelos colectivos y armado de las eternas armas del buen espíritu va a seguir con amor y devoción al lado de vosotros, como un cooperador, como un servidor agradecido, para recorrer en vuestra compañía nuevos caminos, afisbar más altos horizontes y ensayar en el orden de sus actividades las mejores realizaciones que conduzcan a nuestro perfeccionamiento.